

LA VIRTUD DE LA CARIDAD

«El objetivo de una vida virtuosa consiste en llegar a ser semejante a Dios» (San Gregorio de Nisa, *De beatitudinibus*, oratio 1). (en CIC 1803)

La caridad es la virtud teologal por la cual amamos a Dios sobre todas las cosas por Él mismo y a nuestro prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios. (CIC 1822)

El ejercicio de todas las virtudes está animado e inspirado por la caridad. Esta es “el vínculo de la perfección” (Col 3, 14); es la forma de las virtudes; las articula y las ordena entre sí; es fuente y término de su práctica cristiana. La caridad asegura y purifica nuestra facultad humana de amar. La eleva a la perfección sobrenatural del amor divino. (CIC 1827)

Si la fe es el inicio de la vida del cristiano, el amor es el culmen de la existencia del hombre nuevo creado en Cristo Jesús. La misión del Hijo, enviado en una carne semejante a la del pecado (cf. Rom 8, 3), tiene su fuente en la filantropía divina (cf. Tit 3, 4-7; Jn 3, 16), en «el amor fontal» del Padre (AG 2). La Pascua del Hijo culmina con el don del Espíritu, que derrama el amor divino, el agapé, la caridad, en nuestros corazones (cf. Rom 5, 5), a fin de hacernos partícipes de la misma vida divina, de su « naturaleza divina» (2P 1, 4).

Pablo, refiere así su experiencia personal: «Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Y mi vida ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí». (Gal 2, 19-20) «La fe actúa por amor». (5, 6) Y en otro lugar afirma: «Porque nos apremia el amor de Cristo al considerar que, si uno murió por todos, todo murieron. Y Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos». (2Cor 5, 14-15)

La primera carta de san Juan enseña: cristiano es el que ha conocido y creído en el amor, que Dios nos tiene. El que cree en el amor divino ha nacido de Dios y ama con su amor.

Queridos hermanos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Unigénito, para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados.

Queridos hermanos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros. A Dios nadie lo ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud. En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros: en que nos ha dado de su Espíritu. Y nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre envió a su Hijo para ser Salvador del mundo. Quien confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios. Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él. *Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él.* Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él. En esto ha llegado el amor a su plenitud con nosotros: en que tengamos confianza en el día del juicio, pues como él es, así somos nosotros en este mundo. No hay temor en el amor, sino que el amor perfecto expulsa el temor, porque el

temor tiene que ver con el castigo; quien teme no ha llegado a la plenitud en el amor. Nosotros amemos a Dios, porque él nos amó primero. Si alguno dice: «Amo a Dios», y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve. Y hemos recibido de él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano. (1Jn 4, 7-16-21)

Benedicto XVI comentando este texto, afirmó esta verdad maravillosa al inicio de su primera encíclica (un texto que el Papa Francisco ha repetido en varias ocasiones).

Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. En su Evangelio, Juan había expresado este acontecimiento con las siguientes palabras: « Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en él tengan vida eterna » (cf. 3, 16). La fe cristiana, poniendo el amor en el centro, ha asumido lo que era el núcleo de la fe de Israel, dándole al mismo tiempo una nueva profundidad y amplitud. (DCE 1)

En la memoria creyente del pueblo de la alianza siempre estuvo presente esta convicción de fe: Israel era una criatura del amor insondable e inmerecido de Dios. «Si el Señor se enamoró de vosotros y os eligió, no fue por ser vosotros más numerosos que los demás, pues sois el más pequeño, sino que, por puro amor a vosotros y por mantener el juramento que había hecho a vuestros padres, os sacó el Señor de Egipto con mano fuerte y os rescató de la casa de esclavitud, del poder del faraón, rey de Egipto». (Dt 7, 7-8) Israel, en efecto, tiene su origen en el amor divino. Por puro amor, Dios lo eligió y se apegó a él, a pesar de ser un pueblo insignificante y de dura cerviz. Los profetas de la alianza, no cesaron de recordar al pueblo el amor de Dios, urgiéndolo a la conversión y a la esperanza.

En la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, para hacernos sus hijos y llegásemos a ser semejantes a él. La historia de salvación es la historia de la filantropía divina, del amor fiel de Dios por la criatura en medio de las infidelidades de la humanidad.

Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no lo conoció a él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es. Todo el que tiene esta esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro. (1Jn 3, 1-3)

Si somos frutos del amor, si fuimos creados para la comunión de amor, si Dios no cesa de salir a buscar a los que se esconden de él y si los hombres se empeñan en buscar en la nada de los «ídolos» su realización y felicidad, meditemos cómo vivimos el amor que el Espíritu derrama en nuestros corazones (cf. Rom 5, 5). Recordemos esta palabra de Samuel: «No os desviéis siguiendo la nada, que ni aprovecha ni puede librar, pues nada es». (1Sam 12, 21)

I.- CREADOS PARA EL AMOR

Desde el inicio de la vida, en efecto, recibimos un conjunto de cualidades y aptitudes que estamos llamados a cultivar y hacer fructificar. La persona armónica nace y crece en el amor. En efecto, como la experiencia enseña y la psicología ilustra, todo hombre y mujer desea ser amado y tiene capacidad para amar y desear el bien, aun cuando hierre al

determinar en que consiste dicho bien¹. Esto quiere decir que el ser humano, por sus propias fuerza puede «crecer en humanidad, ser más, valer más...» Y añadía Pablo VI hablando como la condición más humana por gracia: *«la fe, don de Dios acogido por la buena voluntad de los hombres, y la unidad de la caridad de Cristo, que nos llama a todos a participar, como hijos, en la vida de Dios vivo, Padre de todos los hombres»*. (PP 15-21)

Ahora bien, la participación en la vida divina, sólo puede lograrse si Dios infunde en nosotros las llamadas virtudes teologales. En la óptica de la fe apostólica, el hombre fue creado en Cristo, para ser santo e intachable en el amor. La carta a los Efesios lo recuerda de forma lapidaria:

Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos. Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor. (1, 3-4)

El ser humano se realiza amando, «a impulsos del amor». No es, por tanto, replegándose sobre uno mismo, que se alcanza la plena realización a la que estamos destinados en Cristo Jesús. El apóstol enseña: la vocación del hombre es la libertad que nos lleva a hacernos esclavos unos de otros por amor. Cristo nos liberó para la libertad del amor. (cf. Gal 5, 1-25) Esto supone morir a la lógica del hombre viejo, o sea, de la carne, del egoísmo, para entrar en la lógica del hombre nuevo, que no es otra que la propia del amor divino.

Puesto que la persona se realiza en el amor, el mandamiento de amar a Dios por él mismo y al prójimo como a nosotros mismos, traza el camino a seguir para nuestra plena realización, para la felicidad sin ocaso en medio de las pruebas de la existencia. La alegría del discípulo no es otra que la alegría pascual.

El mandato nuevo del amor mutuo fija el camino a seguir para cultivar y desarrollar lo que nos constituye realmente como criaturas nuevas. El mandato del Señor es una palabra de gracia y vida, en absoluto un fardo pesado (cf. Mt 11, 28-30). El muro de la enemistad levantado por el odio, la codicia, el egoísmo, la envidia, el deseo de poder y prestigio... etc. conduce a la violencia y la muerte. El agapé divino, plenamente revelado en el abismo insondable de la cruz del Hijo, derriba el muro de la enemistad y hace los pueblos irreconciliables una nueva creación, el hombre nuevo creado en Cristo Jesús, la Iglesia de Dios. «Él, en efecto, es nuestra paz». (cf. Ef 2, 11-22). La paz con Dios y entre los pueblos es, por tanto, el fruto del amor divino, plenamente revelado en la cruz del Hijo amado.

Ahora bien, esto supone adentrarse en el verdadero dinamismo del agapé, del amor de caridad. El agapé no puede quedar reducido al sentimiento o al deseo de hacer al otro a mi

¹ «En esto consiste precisamente el pecado, en el uso desviado y contrario a la voluntad de Dios de las facultades que él nos ha dado para practicar el bien; por el contrario, la virtud, que es lo que Dios pide de nosotros, consiste en usar de esas facultades con recta conciencia, de acuerdo con los designios del Señor.

Siendo esto así, lo mismo podemos afirmar de la caridad. Habiendo recibido el mandato de amar a Dios, tenemos depositada en nosotros, desde nuestro origen, una fuerza que nos capacita para amar; y ello no necesita demostrarse con argumentos exteriores, ya que cada cual puede comprobarlo por sí mismo y en sí mismo. En efecto, un impulso natural nos inclina a lo bueno y a lo bello, aunque no todos coinciden siempre en lo que es bello y bueno; y, aunque nadie nos lo ha enseñado, amamos a todos los que de algún modo están vinculados muy de cerca a nosotros, y rodeamos de benevolencia, por inclinación espontánea, a aquellos que nos complacen y nos hacen el bien.

Y ahora yo pregunto, ¿qué hay más admirable que la belleza de Dios? ¿Puede pensarse en algo más dulce y agradable que la magnificencia divina? ¿Puede existir un deseo más fuerte e impetuoso que el que Dios infunde en el alma limpia de todo pecado y que dice con sincero afecto: Desfallezco de amor? El resplandor de la belleza divina es algo absolutamente inefable e inenarrable». (S Basilio Magno, en Liturgia de las Horas, martes de la primera semana del tiempo ordinario)

imagen y semejanza. *El amor de comunión, como es el amor divino, comporta darse y recibirse, para obrar conjuntamente.* Esto implica amar a Dios por él mismo, que en ello consiste la virtud teologal, y a los demás como a uno mismo en el Señor. Este amor a Dios y al prójimo supone una real gratuidad². Esto no excluye que deseemos ser amados, pues el amor busca la plena comunión con el Señor y con los otros.

Los evangelios nos transmiten unas palabras de Jesús, que debemos meditar de forma asidua, si deseamos llevar una real vida de siervos y siervas del Señor; queda excluida toda búsqueda de uno mismo:

Habéis oído que se dijo: “Amarás a tu prójimo” y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos. Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y, si saludáis solo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto. (Mt 5, 43-47; cf. Lc 6, 27-38)

Estas palabras de Jesús culminan su advertencia a los que deseen vivir de acuerdo con las bienaventuranzas del Reino. «Porque os digo que si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos». (Mt 5, 20)

La carta a los Efesios insiste en lo mismo, pero desde la fe pascual. «Sed imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros a Dios como oblación y víctima de suave olor». (Ef 5, 1) Los que hemos sido «creados en Cristo para ser santos por el amor», nos realizamos cultivando el amor con el que hemos sido amados. El amor nos ha sido dado³ y por ello puede ser mandado. «Amor saca amor»

Cuando falta el verdadero amor nuestras acciones carecen de la perspectiva de eternidad, son «nada» a los ojos de Dios. Una doctrina sin amor, una fe que no actuase por amor, una generosidad y heroicidad sin amor, son falaces, son «nada», «nubes sin lluvia» (3Jn 12; 2P 2, 17). El camino más excelente y eficaz es el del amor. He aquí como lo expresa el apóstol.

Si hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero no tengo amor, no sería más que un metal que resuena o un címbalo que aturde. Si tuviera el don de profecía y

² No me mueve, mi Dios, para quererte/ el cielo que me tienes prometido,/ ni me mueve el infierno tan temido/para dejar por eso de ofenderte. // Tú me mueves, Señor, muéveme el verte / clavado en una cruz y escarnecido,/ muéveme ver tu cuerpo tan herido, / muévenme tus afrentas y tu muerte. // Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera, / que aunque no hubiera cielo, yo te amara, / y aunque no hubiera infierno, te temiera.// No me tienes que dar porque te quiera, /pues aunque lo que espero no esperara,/ lo mismo que te quiero te quisiera. (Santa Teresa de Ávila) En la cruz vemos el amor.

³ «El amor de Dios no es algo que pueda aprenderse con unas normas y preceptos. Así como nadie nos ha enseñado a gozar de la luz, a amar la vida, a querer a nuestros padres y educadores, así también, y con mayor razón, el amor de Dios no es algo que pueda enseñarse, sino que desde que empieza a existir este ser vivo que llamamos hombre es depositada en él una fuerza espiritual, a manera de semilla, que encierra en sí misma la facultad y la tendencia al amor. Esta fuerza seminal es cultivada diligentemente y nutrida sabiamente en la escuela de los divinos preceptos y así, con la ayuda de Dios, llega a su perfección.

Por esto, nosotros, dándonos cuenta de vuestro deseo por llegar a esta perfección, con la ayuda de Dios y de vuestras oraciones, nos esforzaremos, en la medida en que nos lo permita la luz del Espíritu Santo, por avivar la chispa del amor divino escondida en vuestro interior.

Digamos, en primer lugar, que Dios nos ha dado previamente la fuerza necesaria para cumplir todos los mandamientos que él nos ha impuesto, de manera que no hemos de apenarnos como si se nos exigiese algo extraordinario, ni hemos de enorgullecernos como si devolviésemos a cambio más de lo que se nos ha dado. Si usamos recta y adecuadamente de estas energías que se nos han otorgado, entonces llevaremos con amor una vida llena de virtudes; en cambio, si no las usamos debidamente, habremos viciado su finalidad». (S. Basilio)

conociera todos los secretos y todo el saber; si tuviera fe como para mover montañas, pero no tengo amor, no sería nada. Si repartiera todos mis bienes entre los necesitados; si entregara mi cuerpo a las llamas, pero no tengo amor, de nada me serviría.

El amor es paciente, es benigno; el amor no tiene envidia, no presume, no se engríe; no es indecoroso ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

El amor no pasa nunca. Las profecías, por el contrario, se acabarán; las lenguas cesarán; el conocimiento se acabará. Porque conocemos imperfectamente e imperfectamente profetizamos; mas, cuando venga lo perfecto, lo imperfecto se acabará. Cuando yo era niño, hablaba como un niño, sentía como un niño, razonaba como un niño. Cuando me hice un hombre, acabé con las cosas de niño. Ahora vemos como en un espejo, confusamente; entonces veremos cara a cara. Mi conocer es ahora limitado; entonces conoceré como he sido conocido por Dios. En una palabra, quedan estas tres: la fe, la esperanza y el amor. La más grande es el amor. (1Cor 13, 1-13)

Todos, sin duda alguna, queremos vivir el amor, pero no siempre lo logramos. Para vivir en el amor no basta el entusiasmo y el buen deseo. Necesitamos ser fortificados en el hombre interior por el Espíritu, para comprender y vivir el amor de Cristo que trasciende todo conocimiento, para que él ame en nosotros. El apóstol adoraba y oraba, para ello .

Por eso doblo las rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra, pidiéndole que os conceda, según la riqueza de su gloria, ser robustecidos por medio de su Espíritu en vuestro hombre interior; que Cristo habite por la fe en vuestros corazones; que el amor sea vuestra raíz y vuestro cimiento; de modo que así, con todos los santos, logréis abarcar lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo, comprendiendo el amor de Cristo, que trasciende todo conocimiento. Así llegaréis a vuestra plenitud, según la plenitud total de Dios. Al que puede hacer mucho más sin comparación de lo que pedimos o concebimos, con ese poder que actúa entre nosotros; a él la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús por todas las generaciones de los siglos de los siglos. Amén. (Ef 3, 14-21)

Para amar con el mismo amor de Cristo, puede sernos de gran ayuda contemplar cómo vivió él en su vida terrena los rasgos siguientes apuntados por el apóstol en el himno del amor: «Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta».

II.- «EL AMOR DE CRISTO, QUE TRASCIENDE TODO CONOCIMIENTO»

Puesto que el amor de Cristo trasciende todo conocimiento, la contemplación no busca entender con la razón, sino conocer con el amor que el Espíritu derrama en nuestros corazones. Para adorar y glorificar al Señor, para conocer, vivir, cultivar, e irradiar su caridad, es necesario fijar nuestra mirada en el Verbo encarnado, en su vida, misión y Pascua.

1.- EL AMOR «TODO LO EXCUSA».

El amor de Jesús nada tiene que ver con «el buenísimo» de nuestros días. Él era realista y crítico. En el templo lo vemos volcar la mesa de los cambistas; en sus diatribas critica el apego de los fariseos a las tradiciones humanas, se enfrenta a sus familiares, reprocha a los discípulos su falta de inteligencia, pues lo traían cansado... y un largo etc. Jesús era lúcido y crítico. Y, no obstante, podemos afirmar que su amor «todo lo excusa». Así lo confirma su oración en la cruz: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». (Lc 23, 34)

El amor excusa ofreciendo una nueva oportunidad a las personas caídas en el camino, como lo hizo con la adúltera o a la pecadora pública. En la cruz, al ladrón arrepentido le hace partícipe del Paraíso. Jesús no justifica o legitima lo que hacemos mal unos y otros, pero a todos nos ofrece la posibilidad de reiniciar una nueva vida. La salvación es gracia.

Jesús vive en el amor del Padre, el cual no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. El profeta Ezequiel clamaba: «¿Acaso quiero yo la muerte del malvado – oráculo del Señor Dios –y no que se convierta de su conducta y viva?» (Ez 18, 23)

En la sinagoga de Nazaret, Jesús proclamó el año de gracia, para cuantos quieran acogerse a él; no habló del día de venganza como lo hiciera el profeta (cf. Lc 4, 18ss; Is 61, 1ss). A la higuera que no daba frutos, le concedía todavía un tiempo de gracia, para producir el fruto deseado. El amor ofrece siempre una nueva oportunidad.

El amor que «todo lo excusa» juega un papel decisivo para una vivencia fraterna en las comunidades. El amor no divulga las deficiencias de los demás ni busca imponerse al otro. Hace posible reiniciar el camino todos los días, pero en la verdad. No se trata de encubrir el mal, pero sí de ser discreto y compasivo. En lugar de envenenar las relaciones fraternas, el amor excusa los errores y faltas, sin por ello renunciar a la corrección fraterna, que nada tiene que ver con el juicio del justiciero ni de mandar al otro qué y cómo debe hacer. Ni la indiferencia, ni la manipulación y el deseo de imponer su criterio, son expresión de la verdadera caridad.

El himno del amor, conviene notarlo, señala también la importancia de avanzar en verdad y transparencia: «No lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad». Jesús vino como testigo de la verdad, pero de la verdad proveniente de Dios que hace libre a quien la acoge como discípulo. Al estilo de los profetas, Jesús denunció la mentira y la injusticia, pero al mismo tiempo proclamaba un año de gracia para todos. Después de la resurrección buscó a sus discípulos y los envió al mundo en el Espíritu para dar testimonio de la verdad del amor y en el amor.

2.- «TODO LO CREE»

No se trata de ser ingenuo. Jesús no lo fue en modo alguno. Él conocía lo que había en el corazón de las personas. El evangelista Juan, tras la purificación del templo, que coloca al inicio de la misión pública de Jesús, comenta:

Mientras estaba en Jerusalén por las fiestas de Pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo los signos que hacía; pero Jesús no se confiaba a ellos, porque los conocía a todos y no necesitaba el testimonio de nadie sobre un hombre, porque él sabía lo que hay dentro de cada hombre. (Jn 2, 23-25; cf. Jn 6, 64)

Jesús conocía qué hay en el corazón de las personas, pero eso no le impedía sembrar la buena semilla en todos los terrenos, como él mismo narra en la parábola bien conocida de todos nosotros. Así ofrecía a todos la salvación, la incorporación al reinado de Dios.

Tenía plena confianza en el poder y fecundidad de la palabra. Era consciente de los procesos lentos y dejaba el juicio en manos del Padre. Él no había sido enviado a juzgar, sino a salvar. Sabía que el Espíritu conduciría a los suyos, a los que el Padre le había dado, a la verdad plena. El amor del Padre le llevaba a confiar en la conversión de los suyos. Desarrolló su misión con la conciencia de llevar a cabo la obra del Padre. El Espíritu prosegue su obra en la comunidad apostólica. La obra creadora y salvadora es obra de la

Trinidad. El agapé divino no da nada por perdido. Sirve y se entrega para que todos lleguen a la salvación. Jesús, el buen pastor, vivió con esta convicción de amor:

Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen, y yo les doy la vida eterna; no perecerán para siempre, y nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, lo que me ha dado, es mayor que todo, y nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos uno». (Jn 10, 27-30)

Jesús daba a todos una nueva oportunidad. A la adúltera, le dice: «Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más». (Jn 8, 11) A la pecadora pública, que amó mucho le dijo: «Tu fe te ha salvado, vete en paz». (Lc 7, 50) Se dejó besar por Judas después de haberlo alertado reiteradamente de lo que tramaba hacer. A Pedro, que lo había negado tres veces, le siguió confiando el pastoreo de sus ovejas y corderos. Y a Saulo, el insolente perseguidor de la Iglesia, lo consideró digno de confianza, haciendo de él un instrumento elegido para ser ministro del Evangelio en las naciones. El amor cree que nada hay imposible para Dios si las personas se abren a la gracia. «¡Me amó y se entregó por mí!». No estamos en el terreno de la sicología, sino del amor divino.

Jesús, en última instancia, era consciente de que el Padre trabaja siempre, de que el Espíritu se halla presente en corazón de los hombres, pueblos y culturas: Aceptaba que el tiempo y los caminos de Dios no se corresponden necesariamente con los propios de la condición humana. «Mi Padre sigue actuando, y yo también actúo». (Jn 5, 17) «Mi Padre, lo que me ha dado, es mayor que todo, y nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos uno». (Jn 10, 29-30) Jesús había meditado estas palabras del profeta:

Buscad al Señor mientras se deja encontrar, invocadlo mientras está cerca. Que el malvado abandone su camino, y el malhechor sus planes; que se convierta al Señor, y él tendrá piedad, a nuestro Dios, que es rico en perdón. Porque mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos —oráculo del Señor—. Cuanto dista el cielo de la tierra, así distan mis caminos de los vuestros, y mis planes de vuestros planes. Como bajan la lluvia y la nieve desde el cielo, y no vuelven allá, sino después de emparar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, para que dé semilla al sembrador y pan al que come, así será la palabra, que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, | sino que cumplirá mi deseo y llevará a cabo mi encargo. Saldréis con alegría, os llevarán seguros; montes y colinas romperán a cantar ante vosotros, aplaudirán los árboles del campo. En vez de espinos, crecerá el ciprés; en vez de ortigas, el arrayán; serán el renombre del Señor y monumento perpetuo imperecedero. (Is 55, 6-13)

3.- «TODO LO ESPERA»

El amor no es ciego ante el mal, pero no desespera del porvenir. La última palabra no es la del mal. En la parábola del trigo y la cizaña, Jesús nos muestra el camino de la esperanza. Los criados proponen arrancar de inmediato la cizaña. El dueño se niega a ello. Sabe esperar, tiene la convicción de que el trigo se impondrá, que los hijos del reino de Dios vencerán las insidias de los hijos del diablo. No se trata de negar la existencia de la cizaña en el campo de Dios, sino de esperar en el poder de la buena semilla sobre la mala sembrada por el enemigo. El juicio es de Dios y no nuestro. El tiempo de Dios no es el nuestro (cf. Mt 13, 24-30.36-43). «Considerad que la paciencia de nuestro Señor es nuestra salvación» (2P 3, 15).

Ahora bien, el amor lo espera todo, pero no de forma pasiva, como se muestra bien en la existencia de Jesús, en particular, durante su vida pública. No cesó de anunciar a todos la

llegada del reino de Dios, el Evangelio de Dios. Formó e instruyó a los suyos, para ser pescadores de hombres. Oró por los suyos, para que fueran uno y así creyera el mundo. Entregó su vida en la cruz, para que el Espíritu fuera dado a los que el Padre le había confiado. Jesús nos muestra con su manera de actuar cómo el amor se pone al servicio del futuro de las personas, esto es, del plan de Dios sobre ellas. Fue a la muerte para enviarnos el Espíritu de la verdad, libertad y comunión. «Os digo la verdad: os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá vosotros el Paráclito. En cambio, si me voy, os lo enviaré». (Jn 16, 7)

4.- «TODO LO SOPORTA»

Jesús, el Siervo, no se dejó abatir por el rechazo de las autoridades, ni por la amenaza de sus paisanos, ni por los insultos de la gente piadosa de su tiempo, ni por la incomprensión de los suyos, ni por la falta de inteligencia de sus discípulos. Supo resistir, sin flaquear. Lucas lo expresa en estos términos: «Pero Jesús se abrió paso entre ellos y seguía su camino». (Lc 4, 30) «Es necesario que proclame el reino de Dios también a las otras ciudades, pues para esto he sido enviado». (4, 43)

En perfecta comunión con el amor del Padre, Jesús amó a los suyos hasta el extremo, hasta el don de la propia vida. Todo lo soportó valientemente. El «amor es paciente». Pero una paciencia activa, que no se arredra ante las dificultades. El Siervo pudo soportarlo todo, pues había puesto su confianza en el que lo enviaba. Durante sus años de Nazaret, Jesús había meditado, sin duda alguna, en esta palabra de Isaías, que había escuchado el sábado en la Sinagoga:

Mirad, mi siervo tendrá éxito, subirá y crecerá mucho. Como muchos se espantaron de él porque desfigurado no parecía hombre, ni tenía aspecto humano, así asombrará a muchos pueblos, ante él los reyes cerrarán la boca, al ver algo inenarrable y comprender algo inaudito. ¿Quién creyó nuestro anuncio?; ¿a quién se reveló el brazo del Señor? Creció en su presencia como brote, como raíz en tierra árida, sin figura, sin belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado de los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultaban los rostros, despreciado y desestimado. Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado; pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino; y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes. Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca: como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca. Sin defensa, sin justicia, se lo llevaron, ¿quién se preocupará de su estirpe? Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron. Le dieron sepultura con los malvados y una tumba con los malhechores, aunque no había cometido crímenes ni hubo engaño en su boca. El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento, y entregar su vida como expiación: verá su descendencia, prolongará sus años, lo que el Señor quiere prosperará por su mano. Por los trabajos de su alma verá la luz, el justo se saciará de conocimiento. Mi siervo justificará a muchos, porque cargó con los crímenes de ellos. Le daré una multitud como parte, y tendrá como despojo una muchedumbre. Porque expuso su vida a la muerte y fue contado entre los pecadores, él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores. (Is 52, 13-53, 12)

Benedicto XVI recordó de forma sugerente cómo Jesucristo es el amor de Dios encarnado.

La verdadera originalidad del Nuevo Testamento no consiste en nuevas ideas, sino en la figura misma de Cristo, que da carne y sangre a los conceptos: un realismo inaudito.

Tampoco en el Antiguo Testamento la novedad bíblica consiste simplemente en nociones abstractas, sino en la actuación imprevisible y, en cierto sentido, inaudita, de Dios. Este actuar de Dios adquiere ahora su forma dramática, puesto que, en Jesucristo, el propio Dios va tras la « oveja perdida », la humanidad doliente y extraviada. Cuando Jesús habla en sus parábolas del pastor que va tras la oveja descarriada, de la mujer que busca el dracma, del padre que sale al encuentro del hijo pródigo y lo abraza, no se trata sólo de meras palabras, sino que es la explicación de su propio ser y actuar. En su muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical. Poner la mirada en el costado traspasado de Cristo, del que habla Juan (cf. 19, 37), ayuda a comprender lo que ha sido el punto de partida de esta Carta encíclica: « Dios es amor » (1 Jn 4, 8). Es allí, en la cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar. (DCE 12)

Amado a los suyos hasta el extremo (Jn 13, 1), Jesús nos reveló el amor del Padre por el hombre, su filantropía (cf. Tit 3, 4-7; Rom 5, 10). Y el Espíritu derrama este amor en nuestros corazones. El Señor nos pide cultivarlo como distintivo de nuestra condición de discípulos: amaos mutuamente, servíos mutuamente desde el último lugar, permaneced en mi amor por el mundo y producid el fruto bueno, abundante y perenne del amor.

III.- TESTIGOS EN LA SECULARIDAD DEL AMOR DE DIOS ENCARNADO

Para ser testigos del amor de Dios en la secularidad, es de capital importancia, por una parte, dar gracias por el amor que ya florece en las personas, pueblos y culturas; y, por otra parte, pedir insistentemente que siga creciendo en todos y cada uno de los hombres y mujeres de nuestro mundo, pues todos, consciente o inconscientemente, contribuimos a levantar los muros y barreras de la enemistad. Pero no debemos perder nunca de vista esta verdad de fe: «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rom 5, 20). El Espíritu sigue trabajando en el silencio de todo hombre y mujer. Pablo daba gracias por el amor creciente en las comunidades y, por otra parte, pedía para que el amor mutuo y a los demás creciera en medio de la cizaña, que no faltaba en las mismas comunidades. He aquí unos textos paulinos.

En todo momento damos gracias a Dios por todos vosotros y os tenemos presentes en nuestras oraciones, pues sin cesar recordamos ante Dios, nuestro Padre, la actividad de vuestra fe, el esfuerzo de vuestro amor y la firmeza de vuestra esperanza en Jesucristo nuestro Señor. (1Tes 1, 2-3)

Debemos dar continuas gracias a Dios por vosotros, hermanos, como es justo, pues vuestra fe crece vigorosamente y sigue aumentando el amor mutuo de todos y cada uno de vosotros. Esto hace que nos mostremos orgullosos de vosotros ante las iglesias de Dios por vuestra paciencia y vuestra fe en medio de todas las persecuciones y tribulaciones que estáis soportando. (2Tes 1, 3-4)

Noche y día pedimos insistentemente veros cara a cara y completar lo que falta a vuestra fe. Que Dios nuestro Padre y nuestro Señor Jesús nos allanen el camino para ir a vosotros. En cuanto a vosotros, que el Señor os colme y os haga rebosar de amor mutuo y de amor a todos, lo mismo que nosotros os amamos a vosotros; y que afiance así vuestros corazones, de modo que os presentéis ante Dios, nuestro Padre, santos e irreprochables en la venida de nuestro Señor Jesús con todos sus santos. (1Tes 3, 10-13)

Y esta es mi oración: que vuestro amor siga creciendo más y más en penetración y en

sensibilidad para apreciar los valores. Así llegaréis al Día de Cristo limpios e irreprochables, cargados de frutos de justicia, por medio de Cristo Jesús, para gloria y alabanza de Dios. (Flp 1, 9-11)

Si queréis darme el consuelo de Cristo y aliviarme con vuestro amor, si nos une el mismo Espíritu y tenéis entrañas compasivas, dadme esta gran alegría: manteneos unánimes y concordes con un mismo amor y un mismo sentir. No obréis por rivalidad ni por ostentación, considerando por la humildad a los demás superiores a vosotros. No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás. (Flp 2, 1-4)

La oración y exhortación del apóstol recuerda otro aspecto importante: *El mandamiento del amor no puede verse desde una simple perspectiva ética y voluntarista*. La vitalidad de la Iglesia y de nuestras comunidades depende del don del Espíritu. ¡Cuántas veces se olvida esta verdad! «Las obras del amor», tienen su origen en Dios. Quien comprende bien esto, se alegra con el bien, crece en humildad, valora lo que hacen los demás, no busca prestigio ni trata de autoafirmarse. «Que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; así tu limosna quedará en lo secreto y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará». (Mt 6, 3) El amor (no la simple afectividad o emotividad) es el origen y también la meta, como recuerda un comentario de san Agustín, que cita el Catecismo de la Iglesia Católica:

«La culminación de todas nuestras obras es el amor. Ese es el fin; para conseguirlo, corremos; hacia él corremos; una vez llegados, en él reposamos» (San Agustín, In epistulam Iohannis tractatus, 10, 4). (CIC 1829)

La misión del pueblo de Dios, de la Iglesia, «sacramento universal de salvación», es la de manifestar y, al mismo tiempo, realizar «el misterio del amor de Dios al hombre» Y añade el Concilio: «El Verbo de Dios, por quien todo fue hecho, se encarnó para que, Hombre perfecto, salvará a todos y recapitulará todas las cosas» (GS 45). Por amor el Hijo se hizo carne, se hizo pobre, se hizo obediente. He aquí el camino a seguir para ofrecer los frutos de la salvación a la humanidad (cf. LG 8). La Palabra, «el amor encarnado», es el fermento que transforma la masa. Y esta es nuestra misión, sembrar el amor con nuestro estilo de vida, con la caridad de la palabra y de la acción, a fin de que las personas se sientan amadas por Dios en lo concreto de sus vidas. El fruto del Espíritu es amor y la constelación que lo acompaña. «Si vivimos por el Espíritu, marchemos tras el Espíritu» (Gal 5, 25)

Ahora bien, el camino del amor es fecundo, pero sumamente arriesgado. Anteponer el interés de los demás al propio, conlleva una gran abnegación y libertad (cf. Flp 2, 1ss). Es el camino para que la justicia que brota del amor prevalezca en nuestro mundo. Servir desde el último lugar y «ser en Cristo pan partido para la vida del mundo», supone abrazar la cruz de cada día. Tal es el mártir por amor. Remar en contra del egoísmo es propio del amor. En la secularidad no se trata de rehuir las responsabilidades, sino de vivirlas en el amor que se hace el esclavo de todos, para que la humanidad se encamine hacia su plenitud en Cristo. En esta perspectiva, me parece interesante interrogarnos sobre cómo en los Institutos Seculares nos formamos y trabajamos para poner en práctica esta orientación del Concilio Vaticano II:

Hay que prestar gran atención a la educación cívica y política, que hoy día es particularmente necesaria para el pueblo, y, sobre todo para la juventud, a fin de que todos los ciudadanos puedan cumplir su misión en la vida de la comunidad política. Quienes son o pueden llegar a ser capaces de ejercer este arte tan difícil y tan noble que es la política, prepárense para ella y procuren ejercitarla con olvido del propio interés y de toda ganancia venal. Luchen con integridad moral y con prudencia contra la injusticia y la opresión, contra la intolerancia y el

absolutismo de un solo hombre o de un solo partido político; conságrense con sinceridad y rectitud, más aún, con caridad y fortaleza política, al servicio de todos. (GS 75)

Este texto nos recuerda a toda la Iglesia, y de modo especial a los Institutos Seculares, *la caridad y fortaleza política* con que estamos llamados a desarrollar los dones recibidos del Señor al servicio de la esperanza de la creación. En la sociedad y en la Iglesia debemos formarnos y formar en el dinamismo propio del amor. Recordemos un texto de Pablo VI en la exhortación sobre la evangelización:

Dicho esto, nos alegramos de que la Iglesia tome una conciencia cada vez más viva de la propia forma, esencialmente evangélica, de colaborar a la liberación de los hombres. Y ¿qué hace? Trata de suscitar cada vez más numerosos cristianos que se dediquen a la liberación de los demás. A estos cristianos "liberadores" les da una inspiración de fe, una motivación de amor fraterno, una doctrina social a la que el verdadero cristiano no sólo debe prestar atención, sino que debe ponerla como base de su prudencia y de su experiencia para traducirla concretamente en categorías de acción, de participación y de compromiso. Todo ello, sin que se confunda con actitudes tácticas ni con el servicio a un sistema político, debe caracterizar la acción del cristiano comprometido. La Iglesia se esfuerza por insertar siempre la lucha cristiana por la liberación en el designio global de salvación que ella misma anuncia. (EN 38)

Para concluir estas reflexiones, quiero aportar un texto del Catecismo de la Iglesia Católica que cita un bello texto de san Basilio Magno:

La práctica de la vida moral animada por la caridad da al cristiano la libertad espiritual de los hijos de Dios. Este no se halla ante Dios como un esclavo, en el temor servil, ni como el mercenario en busca de un jornal, sino como un hijo que responde al amor del "que nos amó primero" (1 Jn 4,19): «O nos apartamos del mal por temor del castigo y estamos en la disposición del esclavo, o buscamos el incentivo de la recompensa y nos parecemos a mercenarios, o finalmente obedecemos por el bien mismo del amor del que manda [...] y entonces estamos en la disposición de hijos» (San Basilio Magno, *Regulae fusius tractatae* prol. 3). (CIC 1828)

Oremos con esta bella oración de la liturgia de las horas:

«Dios misericordioso, que has iluminado las tinieblas de nuestra ignorancia con la luz de tu palabra: acrecienta en nosotros la fe que tu mismo nos has dado; que ninguna tentación pueda nunca destruir el ardor de la fe y de la caridad que tu gracia ha encendido en nuestro Espíritu. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios, por los siglos de los siglos. Amén». (liturgia de las Horas)